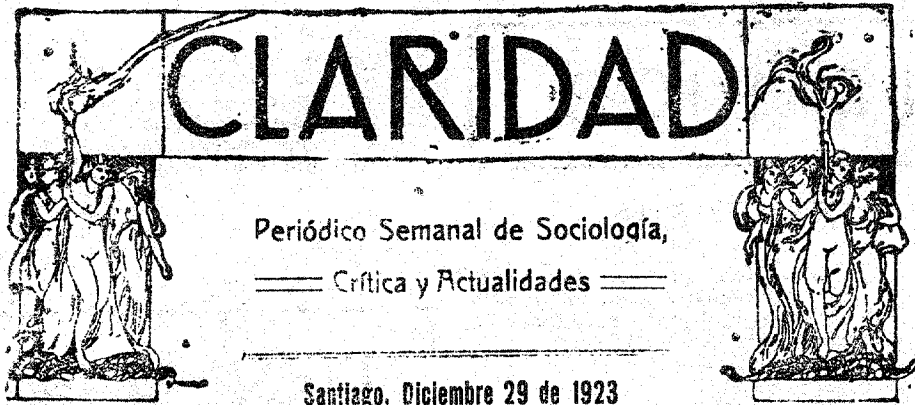


"CLARIDAD"

necesita el apoyo
espiritual y material
de los
hombres libres.



CLARIDAD no tiene opinión oficial. Su única norma es la libertad, el respeto a todas las ideas. Su objeto es constituir la más amplia tribuna ideológica, a fin de ir creando conciencia en los individuos. Cada uno de los artículos que publica revela el sentir y pensar de su autor.

LA VIRTUALIDAD DE NUESTRA ACCION

La juventud es depositaria de un caudal enorme e ingénito de energías morales, que se expanden al conjuro de motivos múltiples y generosos.

Es tesoro insuperable que revela y precisa inconfundible el espíritu magnánimo de la alabada humana, en oposición al sedentario, caduco y reconcentrado, propio de los que pisan los dinteles de la última etapa.

Es el abono magnífico necesario a las fructificaciones estupendas que señalan el progreso y la purificadora elevación de los pueblos.

Espontánea en el manifestarse y pródiga en el entregarse, esta corriente de altivez y humanidad, de claror y potencia rebeldes, cristaliza hechos singulares, sacude el marasmo colectivo, mantiene en tensión el optimismo de los hombres en una santa posibilidad de bella y fuerte bondad.

Cual una fontana purísima, coronada siempre con el chorro cristalino de un cantarino e imperecedero fluir, esta correntada incontenible no se extingue jamás; eterna como la juventud, de donde mana generosa, ella se vuelca en gesto amplio, en un ansia de radiantes germinaciones y progresistas realidades.

Sin embargo, no siempre la argamasa de su naturaleza vibrante y altruista, da forma o plasma motivos excelsos y diáfanos. Se desvía a menudo el curso de su acción; la trayectoria seguida, conduce a estancamientos vergonzosos, donde brotan y se desarrollan plantas que envenenan con sus emanaciones pútridas el ambiente social.

La juventud entrega a veces, con su proverbial santo y ciego ardor, toda la bullente osadía que amamantan sus ensueños locos, en realizaciones nimias, germinando luego en frutos ácidos, baldíos de belleza y grato dulzor.

Como en la luminosa parábola del Galileo, arroja la semilla promisoriosa y gloriosa de sus anhelos primaverales sobre el yermo de las piedras infecundas, en el lecho del pedregoso e infructificante orial.

Son fuerzas vivas, potentes, inapreciables, que se anulan al contacto de un engañoso miraje, en grotescas y pobres verificaciones. Su acción, es a veces comparable con la de aquel medroso caminante que preparaba el lote de virtualidades encerradas en su jubón para ofrendarlas a la fiera aullante y cercana que amenazaba su existencia, pretendiendo aplacar con tan infantil medio su inaplacable ira.

Caso éste de estupenda ingenuidad, paralelo aplicable a ciertas empresas a que se entrega a menudo la juventud.

Falta la claridad vivísima de un ideal, el argentado lucero que

ilumine el avance de estas falanges creadoras de paz, afirmadoras de vida; falta el fuego purísimo de una convicción, constantemente renovada y abriantada, de una fe creadora, fecunda, que abra perspectivas anchas al expansionamiento de sus anhelos majestuosos.

De ahí el espectáculo tristísimo de núcleos juveniles, o juventudes enteras de un país, que prodigan el tesoro de sus almas ardientes, apasionadas en las justas por el triunfo del bien, en el sucio ajetreo que valoriza la personalidad de un repudiable don cualquiera.

Lacera el ánimo observar hechos de esta índole, donde la potencia generosa de una juventud sana, plerónica de energías, dada siempre a la lucha y al entrevero, desinteresada, leal, está al servicio de un craso error, o exaltando ambiciones materiales de hombres abyectos y ladinos.

Luego se produce la natural decepción, el lógico amargamiento, la renuncia a toda noble preocupación, ante el espectáculo desolador de una brega estéril, ante la deplorable nulidad de sus esfuerzos heroicos, ante el intrínseco mirarse y constatar la carencia de valores personales, la aridez, total del paisaje interior.

Lejos de toda sugestión ideal con amplias proyecciones hacia el futuro, estos derroches de fuerzas sólo se resolvieron en desencantos dolorosos, que harán engrosar el número de los injustificables escépticos, de los mansos e indiferentes, de los fatalistas, que miran las desgracias remediables, como algo digno de ser paciente y sufrido y jamás alterado.

Son seres a los cuales la voracidad caudillesca, el torbellino alucinante de doctrinas falaces, les han succionado la vitalidad anímica, les han disecado la fuente de los ensueños nobles. Se tornan en el pesado lastre que se ven compelidos a arrastrar los activos, los que han puesto sus ojos en horizontes nuevos e inequívocos.

Se debe por lo tanto valorizar la acción, clarificar y diseñar un norte al esfuerzo, poner dentro del arco tenso de un ideal, la flecha airosa de los ensueños, lanzándola al impulso de la fuerza juvenil en procura de cimas inaccesibles e ideales.

Dar virtualidad robusta, eficacia, lucidez, destino hondo y vasto al caudaloso arroyo de sus fuerzas ingravidas, superadoras, he ahí la sustantiva necesidad, el verdadero propósito integralista que debe rubricar la inquieta juventud de esta hora turbulenta y promisoriosa para los humanos destinos.

Victor YANEZ.

DEL AMBIENTE NACIONAL

Treinta años de parlamentarismo desenfundado han conducido a la República a una total bancarrota política, financiera, y, lo que es peor, moral. Sí, la moral pública también está en bancarrota. Repetir eso es una majadería; pero una majadería necesaria porque el pueblo es tardo de oídos. ¿Dónde están los varones austeros, hombres de doctrinas firmes y de sólida orientación práctica? En su lugar pululan los sub-hombres, los que viven "más acá del bien y del mal": latifundistas con almas de encomenderos del Coloniaje, bolsistas (¡oh, las inefables palabras ambiguas!) afortunados, profesionales que esconden su incapacidad inconmensurable detrás del apellido sonoro y del título universitario concedido por la gracia divina. Son hombres así, mediocres y romos por los cuatro costados, los que gobiernan a Chile unos, en nombre de la Unión Nacional! y otros, los más diablos, de la Alianza Liberal.

No hay sinceridad ni honradez política en ninguno de ellos. Edwards Matte, un jovencito decrepito y con el pelo a la americana, emprende un día campañas resonantes de fiscalización, y en un mitin de mamotretos putrefactos (léase unionistas) se sienta con indecorosa severidad al lado de un cuatrero elegante como Augusto Smitmans. El avejentado leader radical Fidel Muñoz Rodríguez, miembro o ex-miembro de un partido tradicionalmente anti-clerical, será abrazado en el mismo "machitun", por el empeñoso dirigente católico Ricardo Cox Méndez. Fidel Muñoz es enemigo personal del Presidente Alessandri; y, es claro, los rencores están muy por sobre las "ideas" (!!) radicales. Estos hechos pequeños, como los hombres que en ellos han actuado son sintomáticos. Pasando a otros, veremos cosas francamente hilarantes. Después de un jira cuyo éxito—imparcialmente hablando—escapa a toda ponderación, regresa a la capital el Presidente. Todos los elementos que aquí son capaces de sacar el pecho al frente, lo van a recibir, lo vitorean, le manifiestan una adhesión rebañada que sólo se justifica por nuestra falta de conciencia cívica y por la repulsión que inspira la Unión Nacional. El Presidente repite sus afirmaciones de siempre. ¡El Senado por aquí, el Senado por allá! El pueblo le grita: "No le haga caso. ¡Disuélvalo!" Pero el Presidente no se atreve, y además, no tiene necesidad. Con esperar hasta Marzo, se ha salvado. La Constitución quedará en pie y la Alianza Liberal también.

¿Qué podemos, pues, esperar de la Alianza Liberal? ¿La salvación de una democracia bamboleante? La dictación de urgentes leyes de justicia social y de perfeccionamiento político y administrativo? ¿Una pacífica renovación

de valores, como dijera—exagerando, tal vez un poco, debido a la necesidad retórica—nuestro estentóreo Presidente? No sabemos por qué, pero lo cierto es que un gusanillo terco nos roe desde hace tiempo—¡mucho tiempo!—la esperanza. Cada vez que escuchamos a los hombres públicos, parece levantarse del suelo una sombra tutelar para los desencantados; la sombra de Hamlet, príncipe de Dinamarca. Y he aquí que murmura a nuestro oído atento, inmortal y Múcida: "¡Palabras, palabras, palabras!" Eso es lo único que pueden darnos ellos, los políticos, los hombres preocupados de "la cosa pública". No les exijamos lo imposible: trabajo desinteresado y honradez. No han sabido trabajar para otros. Eso nunca. Ahora respecto a la honradez, eso de hacer cuando la ocasión se presente, un viajecito a costa del Fisco o una afortunada jugada de Bolsa, también a costa del Fisco, ¿por qué va a ser inmoral? Hay que saber vivir. Hay que tener éxito.

Lo demás viene después. "Ten éxito y será todo tuyo" decía un sabio. Y decía una verdad grande como un cerro.

Por eso el pueblo no debe ilusionarse. Debe abrir bien los ojos, sacarse las telarañas del prejuicio y de las cantinelas de los apóstoles de última hora. Debe barrer con la Unión Nacional, fuerza retardataria, agrupación de viejos, de frailes y de jovencitos "bien", de esos que absorben cocaína y tienen inclinaciones "au rebours"; pero en ningún caso debe entregarse a la Alianza, con el fanatismo ciego que lamentablemente lo caracteriza. Ya se ha dicho desde estas columnas: La Alianza Liberal reúne gente sin sinceridad de idealismo, arribistas, esquilmadores novicios, aprendices de la política, sin orientación y sin otra moral que no sea la del estómago. ¿Cómo creer en gente así? El pueblo debe mirar más lejos, más allá de la Alianza Liberal. Formarse una conciencia de sus derechos, y en un momento propicio, exigir; controlar a sus elegidos para paliar de alguna manera los disparates de la actual organización del Estado. Intervenir más en los asuntos que son, para él, vitales. De otra manera veremos encumbrarse en Marzo, como hasta hoy, a los mismos de siempre, a los que merecían ser arrojados a cualquier parte. Y habría llegado el instante de poner en el frontis de la representación nacional, como una prudente advertencia a los ingenuos y optimistas, aunque dándole un sentido adecuado, la frase amarga del "Inferno": "Oh vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza."

Juan CRISTOBAL

Eugenio González